

LA MUJER, CREADA A IMAGEN Y SEMEJANZA DE DIOS

LA REVELACION DE DIOS EN LA MUJER

Elda Ramírez O.P.

Si la Creación del mundo es revelación de Dios, cuanto más el ser humano que es su máxima obra. En su condición de ser, lo humano se diferencia comenzando por lo biológico: en sexo masculino y sexo femenino, en hombre y mujer, de donde se han derivado histórica y culturalmente el resto de las justas o injustas diferencias, entre ambos. El planteamiento de la creación de la mujer a imagen y semejanza de Dios, nos coloca ante la cuestión sobre la revelación de Dios en la mujer y el reflejo de lo femenino en Dios. Por tanto, no se trata de la revelación de Dios a la mujer sino en ella, como imagen y semejanza suya.

En las siguientes líneas y después de un breve recorrido por la teología de lo femenino y la teología feminista cristiana presentamos unos puntos que pueden resultar orientadores para una reflexión teológica sobre el tema que hoy nos planteamos respecto a cómo la mujer creada por Dios revela quién es su Creador y como Dios se revela en la mujer.

La teología feminista ha venido profundizando sobre este tema en los últimos años, y un poco reaccionando frente al lenguaje marcadamente patriarcal de la teología tradicional. No es nuestra intención aquí hacer un análisis exhaustivo del mismo, sino hacer unas cuantas reflexiones que nos permitan releer desde las experiencias de varios/as teólogos/as y de las nuestras, lo que Dios nos ha querido decir, y nos sigue diciendo a través de nuestra historia personal, sobre quién es Él y qué quiere del hombre y concretamente de la mujer para el cumplimiento de su plan de salvación.

El empleo, en un momento, de ciertos rasgos o características, para atrevernos a elaborar nuestros conceptos de Dios, no tiene la intención de darle atributos sexuales a Dios, eso sería una forma de paganismo inadmisibles. Partimos desde la fe, afirmando que Dios no tiene sexo, es el totalmente Otro: ni es hombre ni es mujer, sino que trasciende la naturaleza humana. Así que el lenguaje usado para describir rasgos femeninos o masculinos de Dios es antropológico, metafórico, emerge de las experiencias de hombres y mujeres, que intentan explicarse la revelación de Dios en su propia naturaleza humana sexual.

1. LA MUJER: IMAGEN Y SEMEJANZA DE DIOS

Para comprender la mujer como obra creada por Dios a su imagen como su semejanza, haremos un análisis teológico y antropológico del relato de la Creación del ser humano y el del relato de la Caída, tomando como base los textos de la tradición yavhista y sacerdotal. Las imágenes del Génesis son de una gran riqueza simbólica que nos permiten reconstruir la experiencia trascendente de lo divino y encontrar en la mujer rasgos reveladores de su Creador.

a) Texto Yavhista

“¹⁸ Dijo luego Yavheh Dios: No es bueno que el hombre esté sólo. Voy a hacerle una ayuda adecuada...²¹ Entonces Yavheh Dios hizo caer un profundo sueño sobre el hombre, el cual se durmió. Y le quitó una de las costillas, rellenando el vacío con carne. ²² De la costilla que Dios había tomado del hombre formó una mujer y la llevó ante el hombre. ²³ Entonces éste exclamó: Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta será llamada mujer, (varona) porque del varón ha sido tomada. (Gn 2, 18. 21-23)

Versículo 18: “*No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada.*”: Dios no ve con buenos ojos la soledad del hombre. Bien sabe Dios que el individualismo pone en peligro la creación. La falta de un interlocutor adecuado puede desviar al hombre de su misión en la Creación. A pesar de haber creado a los animales para que le sirvieran de compañía y de apoyo (Gn 2, 19-20), éstos no llenaron la expectativa de ayuda que Dios quería para el hombre. “Ayuda” en hebreo (*e'zer*) se entiende como acción salvadora de quien está capacitado para realizarla adecuadamente, en este caso la mujer.

Tenemos entonces, una primera aproximación al plan de Dios sobre la

mujer: El decide su creación para la tarea de la salvación, para el equilibrio de la creación. Así Dios se nos revela en la mujer como un Dios que salva, que ordena y preserva el equilibrio de su creación.

Versículo 21: “*Entonces Yavveh Dios hizo caer un profundo sueño sobre el hombre, el cual se durmió. Y le quitó una de las costillas, rellenando el vacío con carne*”: Intencionalmente Dios hace que el hombre duerma mientras Él crea la mujer, no quiere que nadie sino Él, sea el único protagonista de ese momento. Dios voluntariamente margina al hombre de la acción de crear la mujer. Elimina así la sospecha de la superioridad del hombre sobre la mujer, pues no da lugar a dudas sobre el origen de la mujer, el cual no está en el hombre sino en Dios y sólo en Él. El hombre permanece en estado de inconsciencia, en actitud pasiva, en este primer encuentro entre Dios y la mujer.

Llama la atención que en este mismo momento Dios completa la tarea de la creación del hombre rellenando con carne, el hueco de la costilla, ¿carne de la mujer? pudo ser. No se dice que Dios tomará carne del mismo varón para rellenar su cuerpo, sino simplemente que tomó carne y podíamos suponer que esa carne es de la mujer, pues Dios estaba en pleno acto de su creación. Al quitarle Dios una costilla, el hombre se queda sin una parte de su ser. Dios quiere dar a entender que el hombre está incompleto sin la mujer. Así que el hombre no podrá considerarse superior a la mujer porque haya sido el primero en ser creado, o porque de su costilla Dios ha creado la mujer, porque él mismo fue terminado en ese momento y tendrá que ir al encuentro de la mujer para experimentarse completo. Desde entonces ambos, hombre y mujer, deben asumir que serán una sola carne. Un dato significativo es que Dios para crear al hombre como a los animales toma polvo de la tierra, pero para la mujer toma ya materia de lo humano, algo que eleva la condición de la mujer.

Versículo 22: “*De la costilla que Dios había tomado del hombre formó una mujer y la llevó ante el hombre*”. El verbo “tomar” en hebreo (*lqh*), se traduce como elección y llamado. La mujer es llamada por Dios a la existencia humana, para ser de la misma naturaleza (hueso y carne) que el hombre. El verbo “formar” (del griego *bnh*) significa “construir”, que es distinto a generar del hombre el ser de la mujer.

Construir significa que el Hacedor edifica una obra. La mujer es construida por Dios. A este término se asocian otros como edificación, fortaleza, torre, términos que expresan elevación, solidez, estructura. Nombres que más tarde se le atribuyen a María, la Madre de Jesús. Dios quiere elevar la dignidad de la mujer en la creación pues tiene para ella una misión muy especial: ser

mediadora de la salvación. No es coincidencia que en la economía de la salvación es una mujer, María, la elegida por Dios, para realizar sus designios.

El verbo “llevar” en este caso significa que Dios presenta la mujer al hombre, se la da a conocer. Hasta ese momento el hombre desconoce a la mujer y es de la mano de Dios que la encuentra. Bien significativo para entender que la mutua pertenencia del hombre y la mujer está cruzada por la mano de Dios, quien es el único que legitima su unión.

Versículo 23: “Entonces éste exclamó: *Ésta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Ésta será llamada mujer porque del varón ha sido tomada*”. El asombro, la admiración del hombre es grande, al percibir a la mujer como “hueso de sus huesos y carne de su carne”. Es el reconocimiento gozoso de un ser semejante a él, ya no es el animal el que habrá de estar con él, sino una que es un ser semejante a él, cercana, a quien percibe como formando parte de sí mismo, pero a la vez distinta, porque al llamarla por su nombre no usa el suyo sino uno que se le parece: varona.

En el encuentro con la mujer es por primera vez que el hombre se comunica. Su presencia le llama al diálogo. La primera palabra que el hombre emite es ante la mujer. Se descubre en ella como un ser relacional, que dialoga. La soledad que no es buena ya no lo rodea. (Gn 2, 18). No pasará lo que no es bueno, porque ya está en compañía de un ser que augura con su presencia la bondad de las cosas. En este primer encuentro se sientan las bases de la alteridad: el reconocimiento del otro y la integración de las diferencias. Dios se nos revela en la mujer como un Dios relacional, cercano, que dialoga, que se interesa por la comunicación y el encuentro, que establece la diferencia sin perder la unidad (Macciocchi, 1992)

Relato de la caída: Gn 3, 8-13. 15-17.19-20

“⁸Oyeron luego el ruido de los pasos de Yahveh Dios que se paseaba por el jardín a la hora de la brisa, y el hombre y su mujer se ocultaron de la vista de Yahveh Dios por entre los árboles del jardín. ⁹Yahveh Dios llamó al hombre y le dijo ¿Dónde estás? ¹⁰Éste contestó: te oí andar por el jardín y tuve miedo porque estoy desnudo y por eso me escondí. ¹¹Él replicó ¿Quién te ha hecho ver que estabas desnudo? ¿has comido acaso del árbol del que te prohibí comer? ¹²Dijo el hombre: la mujer que me diste por compañera me dio del árbol y comí. ¹³Dijo, pues Yahveh Dios a la mujer ¿por qué lo has hecho? Y contestó la mujer: la serpiente me sedujo y comí... ¹⁴Entonces Yahveh Dios dijo a la

serpiente... ¹⁵ Enemistad pondré entre tí y la mujer, y entre tu linaje y su linaje; él te pisará la cabeza... ¹⁶ A la mujer le dijo: Tantas haré tus fatigas cuantos sean tus embarazos, con dolor parirás los hijos. Hacia tu marido irá tu apetencia y él te dominará. ¹⁷ Al hombre dijo por haber escuchado la voz de la mujer y comido del árbol del que yo te había prohibido comer, maldito sea el suelo por tu causa, con fatiga sacarás de él el alimento todos los días de tu vida... ¹⁹ Con el sudor de tu rostro comerás hasta que vuelvas al polvo... ²⁰ El hombre llamó a su mujer Eva por ser ella la madre de todos los vivientes... ²¹Yahveh Dios hizo para el hombre y su mujer túnicas de piel y los vistió

Podemos extraer algunas ideas de este relato que resumimos a continuación:

- La serpiente, el animal astuto de la creación, se dirige a la mujer porque ésta desconoce la instrucción que Dios le había dado al hombre sobre el árbol de la vida y el de la sabiduría. Esta instrucción es previa a la creación de la mujer.

- La mujer es la primera en comer e invita al hombre a hacerlo. Así como la mujer actúa como interlocutora entre Dios y el hombre, también sirve en este caso como interlocutora entre la serpiente y el hombre, al cual persuade.

- La serpiente invita al ser humano a que aspire a ser como Dios, a que busque el dominio y el poder. Y esto le lleva a su propia destrucción. La Caída rompe el equilibrio de las diferencias. El hombre no acepta ser diferente de Dios, rechaza el reconocimiento del Otro como diferente de sí, incluyendo a la mujer, a partir de lo cual se genera el desorden, la confusión, la rivalidad y el sometimiento y dominio de la mujer por el hombre.

- La mujer acepta el desafío de la serpiente porque es un ser abierto a la sabiduría, pero aun ella no sabe que la sabiduría no se logra engullendo el conocimiento, sino que ésta hay que entenderla como un don de Dios y como un proceso de descubrimiento progresivo.

- Conciencia en el hombre y la mujer de que han sido engañados. Se perciben desnudos, lo cual se traduce como una ruptura de la armonía en la relación. Si bien hay un descubrimiento de la naturaleza distinta del otro, no hay aceptación de esa diferencia. Y es esto lo que produce el desequilibrio en la relación hombre-mujer.

- La presencia del Espíritu, (*rúah*), manifestada en la brisa que acompaña a Dios que se pasea silencioso y suave por el jardín, es sentida por ambos. El

Espíritu, que es Gracia y Vida, con su presencia, garantiza que a pesar de la Caída, no todo está perdido para el ser humano.

- Ante la pregunta de Dios: ¿dónde estás? El hombre responde que sintió miedo porque estaba desnudo y por eso se esconde y comienza a experimentar sentimientos negativos: vergüenza, impotencia, confusión. El hombre no asume su responsabilidad y culpa a la mujer.

- La mujer llanamente explica a Dios lo que pasó. Hay quizás ingenuidad en su respuesta, pero atribuye la responsabilidad a la serpiente.

- Dios se vuelve contra la serpiente, la maldice y la condena, a arrastrarse por la tierra; ya no tendrá nunca más la posibilidad de erguirse. El polvo significa la muerte, el acabamiento, la destrucción y el pecado. Por eso cuando Dios crea a la mujer no toma el polvo de la tierra para hacerlo porque ella será la portadora de la vida. Por eso, aparta a la mujer de la serpiente, poniéndola a ella y a su estirpe en enemistad perpetua con la serpiente. Es la primera acción de parte de Dios, de restablecer de nuevo el orden de la creación. Le da a la mujer la primacía de ser ella la que asuma la responsabilidad de mantener el mal alejado del ser humano. Se da aquí la promesa de salvación que se cumplirá en la estirpe de la mujer.

- Sentencia a la mujer: En esta sentencia no hay maldición. Dios define quizás el rol más importante que habrá de desempeñar la mujer, según la condición biológica de su sexo: el de la maternidad. Y ésta será con dolor. Dos elementos importantes: dar la vida desde el sufrimiento y en sumisión al poder del hombre. Ya ella no estará empujada por su capacidad de autodeterminarse sino que su ser libre va a estar condicionado por la relación con el hombre. La mujer en este relato se le puede atribuir la función de dar la vida y la misión de la entrega que es el mismo amor. Ambas funciones llevan implícito el sufrimiento. Acto seguido el hombre llama a la mujer Eva, que significa madre de la humanidad. (Porcile, 1995)

- Dios les pone un vestido, los cubre, los arropa. Inmediatamente después de la Caída, les devuelve la confianza en la promesa de salvación para animarlos en la misión que inicialmente les encomendó. Se da un restablecimiento de la esperanza e invitación para construir juntos esa historia de salvación. Los lanza al mundo y les cierra las puertas del paraíso para que nunca más se atrevan a ser como dioses, porque simplemente los quería humanos, o iguales a Él sino sólo semejantes, para que se pueda dar la dinámica de la unidad en las diferencias.

La reflexión sobre la mujer, creada a imagen como semejanza de Dios, nos lleva al totalmente "Otro", pero a la vez nos acerca a un Dios-madre capaz de reflejar en su ser, rasgos de nuestra naturaleza

b) Texto Sacerdotal

"²⁶Y dijo Dios: *Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra, y manden en los peces del mar y en las aves de los cielos, y en las bestias y en todas las alimañas terrestres, y en todas las serpientes que serpean por la tierra.* ²⁷Creo, pues Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó. ²⁸Y bendíjolos Dios y díjoles Dios: *Sed fecundos y multiplicaos y henchid, la tierra y sometedla; mandad en los peces del mar y en las aves de los cielos y en todo animal que serpea sobre la tierra*" (Gn 1, 26-28)

Dos verbos: "dijo" y "hagamos" (na'asé), se combinan para expresar la acción efectiva de la creación por parte de Dios.

"*Dijo*": Dios, por su palabra, es el único capaz de dar el ser, la existencia. Su verbo es creativo, efectivo y definitivo. Y la creación manifiesta la autoridad y autenticidad de su Palabra. Quién, contemplando la creación puede negar la existencia de Dios, si toda ella habla de su Creador.

"*Hagamos al ser humano*": Esta frase expresa en primer lugar, que la tarea de la creación del ser humano es comunitaria, compartida. Las Tres Divinas Personas de Dios están participando en la acción. La creación del ser humano se observa surgiendo de la comunión trinitaria. Para el resto de creación el autor emplea el verbo en términos imperativos e impersonales "háganse las aguas...hágase la luz..", sin embargo para crear la humanidad utiliza la primera persona del plural, "hagamos" que es reflejo del misterio de la Trinidad. Este "hagamos" nos revela a un Dios que dialoga, que comparte y que decide en comunidad.

"*A imagen como semejanza*": dos términos complementarios que encierran una idea similar. Se trata no sólo de una simple simulación de algo o de alguien sino la representación verdadera, viva y real de un modelo. En el ser humano está representado el rostro de Dios. Somos un retrato vivo de Él, somos su obra máxima, en la que puso todo su empeño y si era su voluntad que fuese la mejor no podía menos que hacerla lo más parecida a Él mismo.

Lo que diferencia al ser humano del resto de la creación, es su ser imagen y semejanza de Dios. Lo eleva a una dignidad superior al de los otros seres

creados. Atreviéndonos a fantasear sobre la intención última de Dios, podríamos decir que su “ser en relación” expresado en el amor de la Trinidad, quiso manifestarlo en su obra Creadora, por lo cual tenía que crear un ser semejante a Él con el cual poder dialogar

“*Que manden sobre los peces del mar...*”. Ese ser humano también se manifiesta en pluralidad. Previo al acto mismo de la creación, el relator usa el verbo “mandar” en plural. Ya anticipa que no es uno el que será creado sino más de uno. Y que la tarea del ser humano será la de dominar, a semejanza del Todopoderoso que lo creó.

“*Macho y hembra los creó*”. Estos términos expresan la dimensión primigenia del ser humano: su naturaleza sexuada, su distinción en dos sexos: hombre y mujer (îsh e îsha). Unidos son la imagen de Dios y el inicio de la vida humana. Los crea juntos, porque unidos realizarán la tarea asignada de multiplicar la creación y someterla. La mujer está a la par del hombre: participa de la misma naturaleza, beneficios y en la tarea de la multiplicación y dominio de lo creado, aunque esa misma diferenciación sexual pautó funciones distintas para cada uno.

“Y bendíjolos Dios y díjoles Dios: *Sed fecundos y multiplicaos y henchid, la tierra y sometedla...*”. Dios bendice su máxima obra. Ambos, hombre y mujer, reciben por igual la bendición de Dios, con ambos Dios dialoga, les da las instrucciones sobre las tareas que tienen por delante: fecundar, multiplicarse y dominar lo creado. Una primera estrategia para hacerlo es el encuentro, el reconocimiento del otro, el diálogo tal como Dios mismo lo está haciendo con ellos.

De los tres relatos podemos concluir lo siguiente:

- Hay una vocación a ser mujer. Una llamada de Dios a la existencia como mujer.

- La mujer es un ser salido de las manos de Dios, pero desde lo humano. No es creada de la nada, tampoco el hombre. La diferencia es que a los animales y al hombre los hace del polvo de la tierra, pero a la mujer la construye desde la materia humana (la costilla del hombre). Es un detalle de delicadeza de Dios para con la mujer. El paralelo de este detalle es la concepción de la Stma. Virgen sin mancha del pecado original.

- Con la mujer se inicia la dimensión comunicacional. Ella ayuda al hombre a entrar en relación con su Dios, con ella y con su medio. Hace posible el diálogo y la comunidad.

- Ella es la ayuda adecuada, tiene la capacidad para el dominio de la Creación, y la bondad que le confiere a la Creación, pues su presencia erradica la soledad que no es buena.

- En la Creación del ser humano, Dios establece la igualdad en dignidad entre el hombre y la mujer, pero la diferencia en la modalidad del ser: sexo femenino y sexo masculino. A partir de la Creación de la mujer, el hombre descubre la alteridad, que produce la unión por las diferencias.

- Con la Creación de la mujer se comienza la fecundidad y multiplicación de la vida. Se inicia la misión del ser humano sobre la tierra.

2. DIOS SE REVELA EN LA MUJER

La mujer, como el hombre son imagen de Dios, pero su manifestación es de manera distinta: en una lo femenino y en el otro lo masculino. La primera diferencia tiene que ver con la dimensión física, biológica. Esta dimensión es la que ha pautado las diferencias, justas o injustas, en los roles y las funciones sociales de cada uno.

En los relatos de la Creación, Dios le revela al hombre y a la mujer quién es quién. Así el hombre descubre quién es la mujer y ésta a su vez quién es el hombre. Y se descubren iguales en su ser, en su dignidad de criaturas de Dios, pero diferentes en la modalidad de ser: hombre y mujer. Pero también Dios se revela a ellos y en ellos. Este es un tema que ha venido tomando bastante campo, especialmente, en la teología feminista de los últimos años. En este sentido nos aproximaremos desde la fe, a una reflexión sobre la revelación de Dios en la mujer.

El hecho de que la mujer fue creada por Dios a su imagen y semejanza, podría hacernos pensar que Dios tiene rasgos de mujer. También en el caso del hombre, podríamos decir que Dios tiene rostro de hombre y con mayor razón, porque Dios se encarnó en la persona de Jesús hecho hombre. Jesús fue un hombre y como tal se le conoce en la historia. También la misión primordial de Jesús fue la de revelarnos a un Dios Padre que quiere salvarnos haciéndonos sus hijos por sangre. ¿Podríamos entonces afirmar que Dios es masculino?

La tradición teológica, cristiana no duda en afirmar que Dios no tiene sexo que Él es el totalmente "Otro". Dios está más allá de las distinciones sexuales entre hombre y mujer. Sin embargo, durante siglos ha alimentado la imagen de Dios masculino, sólo como Padre, nunca como Madre, a pesar de que en la Sagrada Escritura abundan imágenes que revelan a un Dios-Madre.

Preguntarnos por lo femenino como clave para aproximarnos al conocimiento de Dios nos ayuda a descubrir el papel de la mujer en la historia de la salvación. Pero, ¿por qué no cuestionarnos también sobre cómo Dios se revela en la mujer?, ¿qué nos quiso manifestar de sí mismo en María, en Eva y en tantas mujeres que han sido elegidas para protagonizar su historia de salvación?. Las respuestas a estas preguntas serán pequeños intentos, pues una respuesta exhaustiva implicaría análisis más densos y extensos que requerirán un mayor estudio, dedicación y experticia en el tema.

Dios, si bien no tiene corporeidad se revela en la Creación del hombre y la mujer, “se refleja en una imagen de corporeidad diferenciada” (Porcile, 1995 p.194). En la Creación del hombre y la mujer, como ya se ha mencionado anteriormente, se manifiesta la dimensión de la alteridad del ser humano. Esta misma dimensión se da entre Dios y el ser humano: Es el *totalmente Otro* que integra lo masculino y lo femenino del ser humano, pero que los trasciende.

Dios no está sólo en el universo: El Padre, el Hijo y Espíritu Santo forman la Comunidad Trinitaria. “El hagamos al hombre...” refleja su dimensión comunitaria, su naturaleza relacional, y así se revela en la mujer como un Dios que entra en comunicación con el hombre. Con la mujer, el ser humano se estrena en la relación. Cuando Dios presenta la mujer al hombre para que no esté solo, se da inicio al diálogo humano. Son pues la relación y la comunicación rasgos femeninos de Dios o rasgos que Dios ha revelado de sí mismo en la mujer.

En el relato de la Caída Dios define a la mujer por su fecundidad, la cual se expresará en la vocación de la maternidad; le asigna además, las tareas de la entrega y de llevar sobre sus hombros la responsabilidad de alejar la humanidad del mal, aunque ello implique su sufrimiento y el riesgo de su propia autonomía. Cuando se vive para el otro la libertad personal está limitada. A la mujer en este relato se le puede atribuir la función de dar la vida y la misión de la entrega que es el mismo amor. Ambas funciones llevan implícito el sufrimiento. Esta es una realidad muy similar a la de Jesús en la cruz.

Dios se nos revela en la mujer como un Dios que es Madre. En la Sagrada Escritura tenemos múltiples imágenes de Dios que revelan su ternura, su delicadeza, sus sentimientos profundos de madre. “... como a un niño a quien su madre consuela, así os consolaré yo y en Jerusalén seréis consolados” (Is 66,13); “Yo enseñé a Efraín a caminar, tomándole por los brazos, pero ellos no conocieron que yo cuidaba de ellos. Con cuerdas humanas los atrata, con

lazos de amor y era para ellos como los que alzan a un niño contra su mejilla, me inclinaba hacia él y le daba de comer” (Os 11, 3-4); son imágenes llenas de fuerza e intensidad que hablan de un Dios con rasgos maternos, realizando las tareas de cuidado, de nutrición, atento al proceso de desarrollo de su hijos, como por ejemplo enseñarle a caminar.

En la Encíclica “Dives in Misericordia”, Juan Pablo II, ratifica los rasgos maternos del amor de Dios :“...al igual que los profetas, recurramos al amor de Dios que tiene características maternas y a semejanza de una madre sigue a cada uno de sus hijos, a toda oveja extraviada...” (DM 15c). Dios se nos manifiesta como una madre que vigila, protege, cuida y acoge a sus hijos, independientemente de como éstos sean, buenos o malos.

Un rasgo de Dios es su ternura. Este rasgo lo encontramos de manera especial en la mujer. La palabra hebrea *rahamim* que significa ternura de Dios también se utiliza para significar seno o entraña materna. “*Tierno es Yavheh ... comprensivo es nuestro Dios*” (Sal 116, 5). La ternura es un sentimiento permanente, de amor inevitable, de entrega, silencioso, surgido desde lo más profundo del ser, donde está ausente la dimensión sexual, es una especie de contemplación de la persona objeto de la ternura. Es también un sentimiento de plena aceptación del otro, acogida, y de búsqueda de superación humana de ese otro. (Delfieux 1998).

La ternura de una madre también la hace vulnerable y por eso perdona en el hijo sus errores. Dios es la máxima expresión de la ternura, que supera a la misma ternura de la madre: *Yo no te olvidaré (Is 49,15), porque Yo te amo más que tu madre*” (Si 4,10); “¿cómo voy a abandonarte? ...Mi corazón está trastornado y mis entrañas se estremecen” (Os 11,8); “*Estaba mudo desde mucho, había ensordecido, me había reprimido. Como parturienta grito, resoplo y jadeo entrecortadamente*” (Is 42.14). El pueblo de Israel da gracias a Dios que le ha protegido y salvado en la batalla como una madre protege y cuida al hijo de sus entrañas.

Dios se revela en la mujer como dador de vida. Sólo en la mujer se reproduce esta cualidad de Dios. La primera mujer recibe el nombre de *Eva - Havvah*, asociado a la raíz “*hayah*”: “vivir” que significa que ella es dadora de vida, madre de la humanidad.

Dios también en Sara, mujer de Abraham, cuya esterilidad significa la muerte del pueblo de Israel. (Gn 11,39), se revela como un Dios dador de vida, obrando en ella el milagro de la maternidad, lo que daría cumplimiento a la

promesa, hecha a Abraham, “de multiplicar su descendencia como las estrellas del cielo...” (Gn 15,4-5).

Similar a la historia de Sara, son las de Rebeca, Raquel y Ana, pues ellas también eran estériles. Perciben su esterilidad como ausencia de vida, y presencia de dolor y vergüenza; sin embargo, fueron las más amadas por sus maridos. Y es del amor que nace la vida, y de la misma pasión por la vida que ésta se engendra. Dar la vida, en la mujer israelita significa realizar la misión más grande Dios le ha asignado. Él se acordó de ellas y les visitó para devolverles esa misión (Gn 21,20; Gn 30,22; 1s1,19).

Dios que conoce la condición natural del ser creado por Él, se compadece manifestando en estas mujeres su dimensión de la fecundidad. En ellas Dios se nos revela como la madre que asegura con su alumbramiento la continuidad de la vida. Y así se lo recuerda al pueblo de Israel cuando en su camino por el desierto se olvida de que es Él quien le ha dado la vida (Dt 32,8). “*Es el Señor quien hace vivir y quien hace morir, que hace bajar al seol o volver de él. Es el Señor quien enriquece o despoja, abate o ensalza (...) la estéril da a luz siete veces, la de mucho hijos se marchita*” (1S 2,5-7).

Dar la vida se entiende no sólo como engendrar un hijo, sino también la tarea de recrearlo, de salvarlo, pues dar la vida es algo más que parir un hijo. La maternidad no tiene sólo su espacio en el cuerpo, sino especialmente en el espíritu de la mujer. Es este Espíritu, el mismo que se manifestó en la Creación de Eva y que más plenamente se posó sobre María para engendrar al que sería el Hijo de Dios (Bernal, 1998)

Delfieux, M. (1998) señala varios ejemplos en la Sagrada Escritura que ilustran la trascendencia de la maternidad biológica para concebirla más plenamente como maternidad espiritual: es el caso de Moisés quien parecía estar destinado a no tener ni madre ni vida y las obtuvo cuando tres mujeres se juntan para ayudarlo: su madre verdadera lo esconde para salvarlo de la esclavitud, y más tarde lo coloca en el río mientras su hermana vigila su recorrido hasta que la hija del faraón lo rescata y lo salva. Esta última, sin haberlo parido lo recibe y lo ama como a su propio hijo y es ella quien lo entrenaría para ser el liberador del pueblo de Israel, cautivo de los egipcios.

Esta misma autora afirma que la tarea de la mujer de dar la vida va unida a la misión de salvar. Vida y salvación son dos rasgos de Dios que se revelan en la mujer desde el primer momento de la Historia: Eva es la ayuda adecuada que Dios le concede al hombre, una ayuda que es salvación y vida. La misión

de salvar, la observamos en mujeres como Agar que rescata a Ismael para preservar la descendencia del pueblo de Israel (Gn 16,10); Rebeca que salva a su hijo Jacob de la ira de Esaú (Gn 27, 42-43), la sunamita que suplica en la casa del hombre de Dios para que éste resucite a su hijo (2 Re 4,18-37); Ester que pide al rey la salvación de su pueblo (Est 7,3).

Dios se revela en la mujer como un Dios fiel, así nos lo recuerda Isafas “...olvida una mujer a su pequeño?, ¿deja acaso de querer al hijo de sus entrañas? Aunque ellas lo olvidarán, yo no te olvidaré jamás” (Is 49,15). Dios manifiesta a sus hijos su fidelidad en todo momento, como lo hace una madre verdadera.

3. REVELACION DE DIOS EN MARIA

En María, la Madre de Jesús, como ocurrió en Eva y en las mujeres protagonistas de la Historia Santa (Sara, Rebeca, Raquel, Judit, Ester... Isabel, su prima...), se manifiesta la maternidad como el principio de su ser mujer, pero una maternidad que en ellas trasciende lo meramente biológico. En María se revela plenamente lo femenino de Dios, que tímidamente se venía haciendo manifiesto en las figuras femeninas del pueblo de Israel. María es la “bendita entre todas la mujeres ... la bienaventurada de generación en generación” (Lc 1, 43-48), porque es la elegida de Dios, la llena de Gracia en quien Dios se complace para que sea, por la fuerza de su Espíritu, la madre de su Hijo” y madre de la humanidad.

En la encíclica *Mulieris Dignitatem*, Juan Pablo II, hace una profunda reflexión sobre el papel de la mujer en la historia de la salvación y designa a María como *theotókos* o sea “engendradora” del Dios encarnado, por quien y en quien Dios da cumplimiento a su promesa de salvación. En María se realiza la promesa de la victoria del linaje de la mujer que aplastará la cabeza del demonio (MD 11). Es Ella la mediadora de la salvación de Dios. La maternidad de María a imagen como semejanza de la maternidad de Dios es ser salvación de la humanidad. Tanto en Eva como en María, y más plenamente en María se representa la maternidad de Dios, pues Ella al ser la “llena de Gracia” se convierte en la Madre de Dios y Madre de la Humanidad.

El relato de la encarnación (Lc 1,26-38), que manifiesta fundamentalmente la entrada de Dios en el mundo en la Persona de Jesús, tiene un significado que está más allá del anuncio del nacimiento sin concurso de varón: hace referencia a la llamada que Dios hace a María y a José, para que

realizando papeles distintos, le ayuden a dar cumplimiento a sus designios de salvación. Grelot (1995) afirma que “la llamada de María a la virginidad coincide con su vocación a una maternidad del santo por excelencia, el Hijo de Dios (Lc 34-35). Y si José ‘no la conoce’ (Mt 1,21), es para llevar a cabo, paradójicamente su papel paterno respecto al niño en quien se realiza el misterio de ‘Dios con nosotros’ (Mt 1,23)” (p. 29).

Eva para Adán es “carne de su carne y hueso de sus huesos”. Esta imagen se repite en María, la nueva Eva y en Jesús, el nuevo Adán, a quien María engendró en su seno, por obra y gracia de Espíritu Santo: Jesús es carne de su carne y huesos de sus huesos. María y Jesús como madre e hijo forman una sola unidad y es esto lo que nos quiere comunicar el evangelista. La encarnación es el espacio en el que el cielo y la tierra, lo divino y lo humano se juntan para la salvación de la humanidad, aunque ambos, Jesús y María, en su naturaleza, son distintos.

En la Creación de Eva no intervino varón, éste estaba dormido, es sólo Dios el que crea a la mujer. Tampoco en la concepción de Jesús interviene varón alguno, sólo es obra del Espíritu de Dios que habita en María. Dios nos quiere comunicar con ello que sólo Él es el dador de la vida y es la mujer la mediación más perfecta que Él forma para recrear y multiplicar la vida. Boff (1991) al hablar de la dimensión femenina de lo humano afirma que ésta expresa “la fuerza generadora y vitalidad de lo humano, fuente originante de la vida, en la que reside el poder de la plenitud vital” (p. 67).

También la encarnación del Hijo de Dios, en la Virgen María, es un signo escatológico de lo que será la humanidad purificada, perfeccionada al final de los tiempos. La concepción inmaculada de María, sin mancha de pecado original y la concepción de Jesús en María sin intervención de varón, revela lo que será la humanidad futura y perfecta de los últimos tiempos. María es la plenitud del ser humano, el ideal humano tanto para el hombre como para la mujer. El símbolo de lo virginal expresa el ascenso de la creación a lo trascendente, no es negación de lo corporal sino asunción de lo corporal purificado por el Espíritu para entrar en la vida definitiva y verdadera y es esta la misma idea que se expresa en el misterio de la asunción de la Virgen en cuerpo y alma al cielo.

En María se revela plenamente la ternura de Dios: en amor, sufrimiento, humildad, sencillez, entrega y silencio. Dios, en ella, habla a los hombres y mujeres de sus afectos y sentimientos más profundos, que son los mismos que acompañarán a Jesús en su largo recorrido hacia la Cruz. Dios sabe que desde

la encarnación hasta la Cruz María permanecerá unida a su Hijo en una profunda comunión de sentimientos y de misión.

- En las bodas de Caná, María introduce a su hijo en la misión principal de la salvación con fuerza, con sencillez y confianza, con la seguridad de que él ya está listo para su tarea de ser el Salvador de la humanidad, ya lo sabe "crecido en gracia y sabiduría". Ese crecimiento ha ocurrido a su lado. Con ternura lo contempla, lo sabe misericordioso por eso se acerca y con confianza le dice "*Hijo no tienen vino...*". María le ha enseñado lo que Ella recibió por la gracia del Espíritu Santo que la habita. Por eso no duda en dar la instrucción a aquellos sirvientes de Caná "*haced lo que Él os diga*". Mandato que repite María a todas las generaciones para que alcancen la salvación.

- María deja a Jesús en libertad, no lo hace dependiente de ella, no está protagonizando en su vida pública, ni tampoco lo tiene sujeto a Ella porque lo lleva dentro de sí misma. Pero su corazón está cerca de Él, amándolo y protegiéndolo. Lo acompaña en silencio y humildad. En una oportunidad, va en busca de Él cuando la gente dice que está loco, quiere acompañarlo en este primer descubrimiento que equivocadamente la gente hace sobre la misión de su hijo. Ella sabe que ha comenzado a manifestar su mesianismo. Y claro todo carismático parece loco. La respuesta de Jesús es que su familia la conforman aquellos que cumplen la voluntad de Dios. Nadie como María y Jesús saben que no ha hecho otra cosa que cumplirla. Ella se complace en servirle de ejemplo en ese momento e ilustrar para la gente que la maternidad se trasciende para dar paso al plan salvífico del Padre. De este modo, María se realiza plenamente como madre de Jesús. (Mc 3,34-35).

- Pero María, que todo lo guardaba en su corazón, seguramente recordaba las palabras del anciano Simeón (Lc 2 , 33-35). Sabe que se está iniciando el cumplimiento pleno de las promesas de salvación, pero también anticipa un tiempo de sufrimiento que aún no sabe cómo será, pero está en la historia religiosa de su pueblo. Ella tiene la misión de participar al lado de su hijo en la obra de la nueva Creación pero como dice San Pablo esta obra se realiza "*entre los dolores del parto*" (Rm 8,22). El sufrimiento está inevitablemente presente en María y tiene su máxima intensidad y manifestación a los pies de su hijo en la cruz.

Dios se nos revela en María como un Dios lleno de ternura y confiado en que su Hijo cumplirá, junto a Ella la tarea que le ha encomendado... "*Al llegar la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley y para que recibiéramos*

la filiación adoptiva" (Gál 4,-5). También se nos manifiesta como un Dios-madre que siente en sí mismo el sufrimiento de su Hijo. Nadie como Él sabe que la salvación de la humanidad tiene como precio su sangre. En María, Dios manifiesta su dolor y sufrimiento por el Hijo. Podríamos decir que Dios en su infinito amor sangra por su Hijo en el corazón de María.

El Verbo encarnado en María revela a Dios que dialoga con el ser humano, su Palabra hecha carne en Ella, es la máxima expresión de su naturaleza relacional. Entre María y el Ángel se establece una conversación que está guiada por el mismo Espíritu que habita en Ella. María termina aceptando los designios de Dios con su *fiat*. El diálogo no es precisamente con el Ángel Gabriel sino con Dios "*Hágase en mí según tu palabra*" (Lc 1,38).

Las primeras palabras de Jesús que aparecen en el Evangelio se las dirige a su Madre cuando ésta, después de buscarle con José durante tres días, lo encuentra en el templo: "*¿Porque nos has hecho esto Hijo, estábamos angustiados*" y el le responde "*No sabías que tengo que ocuparme de las cosas de mi Padre*" (Lc 2, 48-49). También son las primeras palabras que María le dirige a Jesús. Tanto en el diálogo de María con el Ángel, como en el de Jesús con María, el tema gira alrededor de la misión del Padre.

El Papa Juan Pablo II, con frecuencia, enfatiza la relación que existe entre la misión personal de María y la vocación de la mujer a tener una participación activa y definitiva en la recreación y salvación de la humanidad. La mujer está llamada, como María, a ser espacio en el que habite el Espíritu de Dios, para ser mediadora de la salvación (Macciocchi, 1992)

4. RASGOS MATERNOS DE JESUS

Jesús, el Verbo de Dios, es su expresión definitiva y plena. Él es el rostro de Dios, la impronta de su ser, su imagen perfecta. Cuando Felipe le pregunta a Jesús, "*Señor muéstranos al Padre, Jesús le contesta... Tanto tiempo con vosotros y aún no me conoces... Felipe quien me ha visto a mí ha visto al Padre...*" (Jn 14,9).

Ciertamente que Dios se reveló en Jesús en la condición masculina del ser humano, y la filiación es el principio que rige toda la relación entre Dios y Jesús. Pero este hecho no quiere decir que Dios es un hombre o que tiene sexo y éste es masculino, porque como decíamos antes Dios no tiene sexo, es el totalmente Otro. "*No puedes ver mi rostro dice Dios (Ex 33,20). "No harás ninguna imagen de mí"* (Ex 20,4). Pero el hecho de que su Hijo, en su

naturaleza humana, es hombre tiene un significado en sus designios de salvación. Tema que no vamos a abordar en este trabajo.

Lo que si podemos afirmar es que Dios se adapta a los hombres, se deja entrever, se revela según la capacidad de comprensión del hombre; con humildad se deja poseer por nuestras imágenes y analogías, surgidas desde nuestras propias experiencias y de las experiencias de lo trascendente en las distintas culturas. Sin embargo, quién mejor nos puede hablar de Dios que su Verbo: Jesucristo: Él es la plenitud de su revelación, pero también es el arquetipo de todo ser humano, en Él se integran las diferencias de lo masculino y femenino, del ser humano creado a imagen y semejanza de Dios. Él unifica lo femenino y masculino y María, es el arquetipo de la femineidad (Evdokimov, cp. Bernal, 1998).

La teología feminista ha tratado de rescatar de la figura de Jesús, rasgos femeninos que hagan contrapeso a una cristología tradicional orientada por lo masculino. Sus tarea hasta ahora ha sido una relectura de la cristología partiendo de la experiencia de lo femenino. Por eso busca en los evangelios, especialmente en los Sinópticos, características que revelen también el rostro femenino de Dios en Jesús.

Y en verdad Jesús nos muestra rasgos que culturalmente asociamos a lo femenino: “*¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina su nidada bajo las alas y no habéis querido*” (Lc 13,34). Esta es una imagen que expresa el profundo sentimiento materno de Jesús y también el dolor de la entrega de su vida en la cruz, sin que el ser humano pueda entenderlo y convertirse a Él. Hay una misión de Jesús, al igual que en Eva y en María: la salvación del ser humano, el restablecimiento del orden de la Creación. Él se ha esforzado por la unidad de los hombres, como una madre por la de su hogar, quiere cobijar, proteger, congregar a la humanidad en su ser mismo, pero ésta elige otros caminos que la conducen a la negación de la vida.

Jesús siente ternura y compasión por el dolor del otro, como una madre siente ternura por sus hijos... “*Al ver a la gentes Jesús sintió compasión de ellos porque estaban como ovejas sin pastor*” (Mc 6,34). También se refleja en la acogida de los niños “*dejad que los niños se acerquen a mí porque de los que son como ellos es el reino de los cielos*” (Mt 19, 13-32); Lc 18, 15-17). La misma ternura y compasión siente por los pecadores (Mt 9, 10-13); por los enfermos (Mc 1,32.41); por los desamparados (Mt 15, 25-28). Es la ternura

que expresa en lágrimas por la muerte de su amigo Lázaro (Jn 11,38) o cuando llora por Jerusalén (Lc 19, 41-44).

Jesús se hace acompañar por un grupo de mujeres que asume como sus discípulas, aunque no aparecen en los evangelios expresamente nominadas como tales. Sin embargo están a su lado en todo momento y son también las que están junto a María a los pies de la cruz de Jesús, las primeras en anunciar la resurrección y las que más tarde, perseverarían con el grupo de los seguidores de Jesús en la primitiva comunidad cristiana (Lc 8, 1-3; Mt 27, 5-6; Mc 15,40; Jn 19,25; He 1,15). Lang (1991) hace un estudio exhaustivo del papel de las mujeres en la primitiva comunidad cristiana como una prolongación, en muchas de ellas, del ministerio iniciado al lado de Jesús quien con su amor compasivo por las mujeres, dignifica el papel de éstas en la sociedad de su tiempo.

La imagen de Jesús en la cruz expresa vulnerabilidad y debilidad ante el poder humano, rasgos tan asociadas a la mujer, pero a su vez esa imagen manifiesta la fuerza transformadora y vivificadora del amor. El momento de la cruz es quizás el más cercano y revelador de la dimensión materna de Jesús. La entrega de su vida por amor, hasta la muerte y una muerte de cruz. Una madre es la que da su vida por el hijo, y en el sufrimiento de la entrega obtiene el gozo de la vida. No contento con la entrega de su vida, aboga e intercede ante Dios por el perdón de quienes le están crucificando "*Perdónalos Padre, porque no saben lo que hacen*". Como una madre que disculpa, perdona y acoge y se prepara para alumbrar con su muerte a la nueva humanidad.

Porcile (1995) basándose en el Evangelio de San Juan, utiliza la categoría del espacio como clave para interpretar lo femenino de la Segunda Persona de La Trinidad. Centra su atención especialmente en "la hora pascual y en el misterio de la cruz y de la vida" (p. 291). Para esta autora el espacio es la representación del vientre materno. Espacio dónde se concibe la vida y la salvación. Algunas imágenes de las muchas que ella utiliza de San Juan nos puede servir de reflexión:

- A medida que se acerca la hora de la Cruz, Jesús utiliza en sus expresiones imágenes claramente maternas: "*No os dejaré huérfanos, volveré a vosotros*" (Jn 14,18).

- Jesús está consciente de que la hora de su muerte se aproxima, pero también la asume como necesaria para dar la vida y la compara con la hora que vive la mujer cuando se le acerca el parto. "*La mujer cuando da a luz está triste, porque le ha llegado su hora pero cuando el niño le ha nacido, ya no se*

acuerda del aprieto por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo” (Jn 16, 21).

- Jesús expresa en sus palabras que Él es la entraña, el seno de donde surge la vida: “El último día de la fiesta, el más solemne, puesto en pie, Jesús gritó: *Si alguno tiene sed, venga a mí y bebe el que cree en mí, como dice la Escritura: De su seno correrán ríos de agua viva*” (Jn 7, 37-38). La palabra griega es “koilfa” que significa “vientre”: “Seno” “entraña” o “vientre” todas son imágenes femeninas que revelan la dimensión materna de Jesús y su misión de dar la vida para la salvación de la humanidad.

- La Cruz y la Pascua son espacios en los que se revela el misterio de la vida. “*Del corazón de Jesús traspasado por la lanza brota sangre y agua*” (Jn 19,34). La autora establece un paralelo con el cuerpo de la mujer como “espacio de vida.” Dos símbolos muy femeninos que realmente están presentes en la mujer cuando está pariendo. El corazón abierto y traspasado de Jesús, de donde sale agua-sangre, como en todo nacimiento, es el camino. Ese es el misterio de lo femenino en Jesús: su pascua como lugar de nacimiento, un seno de vida abierto en sangre y agua. Allí del corazón abierto en lo alto, se nace del Espíritu” (Porcile p. 294).

María, la madre de Jesús, de pie junto a la cruz, junto a María Magdalena y las otras mujeres discípulas del maestro, cumple la misión de completar junto a su Hijo la misión que Dios le encomendó como Madre. Jesús, por su parte también en el dolor y el sufrimiento de la entrega acaba de producir el milagro de la vida nueva.

CONCLUSIONES

Dios en la creación de la mujer, en las mujeres protagonistas de la Historia Santa, en María, la madre de Jesús y en todas las mujeres del mundo se nos revela como un Dios que integra en su ser la dimensión femenina de lo humano. Jesús como rostro único, verdadero y pleno de Dios y como arquetipo que integra y unifica plenamente la diversidad de lo humano, también nos revela una imagen de Dios con rasgos femeninos y maternos.

Podemos resumir esos rasgos y ver la estrecha relación que existe entre ellos e imaginarnos a un Dios poseyéndolos sin dejar de ser el Dios indescriptible, inmutable e inaccesible que, después de todo tiene la sencillez de dejarse aprehender por el conocimiento y sobre todo por los sentimientos del corazón humano:

Maternidad que trasciende lo biológico; espacio de vida y de salvación que incluye la entrega y el sufrimiento; amor misericordioso expresado en ternura; naturaleza relacional que se expresa en una permanente comunicación y diálogo con la humanidad; comunidad y reciprocidad; espacio de unidad, en el que se integran las diferencias y la multiplicidad de lo creado; bondad que equilibra el orden del universo y aleja el mal de la humanidad; fidelidad a la promesa y al ser humano; perdón y acogida; debilidad, vulnerabilidad y fuerza a la vez; humildad y silencio; muerte y resurrección. Todos estos rasgos están presentes en la mujer como reveladores de un Dios que en su misericordia se nos acerca con este rostro materno y femenino para hablamos de él y también de nosotras mismas.

Estos rasgos iluminan primeramente la dimensión verdaderamente humana de la mujer, su naturaleza, su misión en la vida y la de Dios al crearla. Revelan su papel protagónico en la historia de la salvación, su igualdad en dignidad frente al hombre, pero también su ser distinto del hombre. La mujer necesita redescubrir y comprender su naturaleza real, su sí mismo, su sexualidad, su rol como mujer en la Historia y en la sociedad como dones gratuitos de Dios y no como estigmas biológicos, sociales, psicológicos que la oprimen y degradan. Colocar su dimensión femenina en un contexto de alteridad, de relación recíproca y de mutualidad con respecto al varón, es un reto que ella misma debe asumir para ser verdaderamente el espacio de vida y salvación que Dios quiere revelar de sí mismo en Ella.

BIBLIOGRAFIA

BERNAL A., *Movimientos feministas y cristianismo*, Ed. Rialp, Madrid 1998

BOFF L., *El rostro materno de Dios*, Paulinas, Madrid 1991 (7)

DELFIUEUX P., *Nuestras madres en la fe*, Narcea, Madrid 1998

GRELOT P., *La condición femenina en el Nuevo Testamento*, PPC, Madrid 1995

LANG J., *Ministros de la Gracia*, Paulinas, Madrid 1991

MACCIOCCHI M.A., *Las mujeres según Wojtyla*, Paulinas, Madrid 1992

PORCILE M.T., *La mujer, espacio de salvación*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1995